

JEAN-LOUIS SKA

**El camino y
la casa**
Itinerarios bíblicos



verbo divino

Jean-Louis Ska, s.j.

El camino y la casa

Itinerarios bíblicos

TRADUCCIÓN: MIGUEL MONTES



EDITORIAL VERBO DIVINO

Avda. de Pamplona, 41

31200 Estella (Navarra)

2005

Índice general

Prefacio	5
La vocación de Moisés	9
1. Introducción	9
2. El camino de Moisés	9
3. Los ojos de Dios y los ojos de Moisés	14
4. Las objeciones de Moisés	16
5. La dolorosa experiencia de Moisés	19
El paso del mar Rojo	23
1. Introducción	23
2. Análisis de Ex 14	24
3. El significado pascual de Ex 14	28
a) <i>Éxodo, Pascua, nueva creación</i>	28
b) <i>De Egipto al desierto, de oeste a este, de las tinieblas a la luz a través del mar</i>	30
c) <i>De la esclavitud a la libertad, de la servidumbre al servicio</i>	35
Conclusión	38
Breve bibliografía	38
La vida como bendición	41
1. Premisa	41
2. Lectura de Gn 1,28	48
a) <i>La bendición bíblica</i>	49

b) <i>La historia de la exégesis de Gn 1,28</i>	51
c) <i>La bendición de Gn 1,28</i>	52
d) <i>Los límites de la bendición</i>	55
3. El valor simbólico de los hijos en los profetas	56
a) <i>Isaías 8,1-4; 7,14</i>	56
b) <i>Oseas 1,2-9</i>	59
c) <i>Jeremías 16</i>	60
d) <i>Ezequiel 24,15-21</i>	62
Conclusión	63
Breve bibliografía	64
Recordar para vivir	
<i>El estilo de la parénesis deuteronomica</i>	65
1. El estilo parenético y el contenido del Deuteronomio	66
2. ¿Por qué adopta el Deuteronomio el estilo parenético?	71
3. La argumentación de la parénesis deuteronomica	72
El trabajo en la Biblia	75
1. ¿Trabajo en el paraíso terrenal?	76
2. De la servidumbre al servicio: la experiencia del éxodo en el Antiguo Testamento	77
a) <i>La esclavitud en Egipto</i>	77
b) <i>La liberación</i>	79
c) <i>El trabajo de un pueblo libre</i>	84
3. La enseñanza de Jesús sobre el trabajo	90
a) <i>La parábola del hijo pródigo: ¿hijos o esclavos?</i> <i>(Lc 15,11-32)</i>	91
b) <i>La parábola de los talentos: el verdadero siervo</i> <i>(Mt 25,14-30)</i>	94
c) <i>La parábola de los obreros de la undécima hora</i> <i>(Mt 20,1-15)</i>	96
Breve bibliografía	100

Espiritualidad del Adviento

<i>Lecturas del Deuterocanónico</i>	103
1. Is 40,1-11	103
2. Isaías 54	116

Algunas observaciones sobre los**fundamentos bíblicos del jubileo** 127

1. ¿Cómo leer los textos bíblicos?	128
2. Las condiciones de vida en la época bíblica o veterotestamentaria	129
3. Los valores en juego	131
<i>a) La tierra</i>	131
<i>b) La familia</i>	132
4. El texto de la ley	133
<i>a) El año sabático</i>	133
<i>b) Las otras leyes</i>	136
5. La teología de las leyes sobre el jubileo	140
6. El jubileo en el Antiguo Testamento	141
<i>a) Jeremías 34</i>	141
<i>b) Nehemías 5</i>	142
<i>c) ¿Se aplicaron alguna vez las leyes sobre el jubileo?</i>	142
<i>d) Isaías 61</i>	143
7. El jubileo en el Nuevo Testamento	144
Breve bibliografía	146

«Voy a proporcionarle una ayuda adecuada» (Gn 2,18)

<i>A propósito del término 'ezer - «ayuda»</i>	149
I.	149
II.	150
III.	156
IV.	157
Referencias bibliográficas	158

La ley en Israel	161
Introducción	161
I. El derecho en el antiguo Oriente Medio	162
1. <i>Los grandes códigos mesopotámicos e hititas</i>	162
2. <i>Teorías sobre la naturaleza de las colecciones de leyes del antiguo Oriente Medio</i>	164
3. <i>Intento de solución</i>	165
a) <i>Los códigos antiguos y modernos</i>	165
b) <i>Los códigos, obras de propaganda real</i>	166
c) <i>El archivo real</i>	167
4. <i>Algunas distinciones importantes</i>	170
a) <i>Teoría y práctica</i>	170
b) <i>Casos ordinarios y casos excepcionales</i>	171
c) <i>Derecho y jurisprudencia</i>	171
<i>Conclusión</i>	172
II. <i>Algunas características básicas del derecho veterotestamentario</i>	172
1. <i>Los principales códigos</i>	172
2. <i>Derecho apodíctico y derecho casuístico</i>	173
3. <i>La autoridad del legislador</i>	175
a) <i>La autoridad particular de Moisés</i>	176
b) <i>El «lugar» jurídico de la ley: el desierto</i>	178
c) <i>La razón de una ley que prescinde de la monarquía y del territorio</i>	179
d) <i>Los fundamentos de un derecho nacido en el «desierto»</i>	180
4. <i>El estilo particular de la legislación veterotestamentaria</i>	182
a) <i>El discurso exhortativo y no coercitivo</i>	183
b) <i>Leyes con motivaciones</i>	184
c) <i>Repeticiones</i>	185
d) <i>El estilo directo</i>	185

III. Algunos rasgos particulares de la legislación de Israel en comparación con el derecho mesopotámico y romano	186
1. <i>Vida y propiedad</i>	186
2. <i>Responsabilidad con la víctima</i>	188
Conclusión	191
Moisés - Josué - Jesús	193
I. Jesús, el nuevo Moisés	193
1. <i>El evangelio de Mateo</i>	193
a) <i>El evangelio de la infancia (Mt 1-2)</i>	194
b) <i>El sermón de la montaña (Mt 5-7)</i>	195
c) <i>Otros textos</i>	196
2. <i>El evangelio de Juan</i>	198
a) <i>El prólogo</i>	198
b) <i>La multiplicación de los panes (Jn 6)</i>	199
c) <i>La curación del ciego de nacimiento (Jn 9)</i>	202
d) <i>La Pascua de Jesús (Jn 13)</i>	204
3. <i>El resto del Nuevo Testamento</i>	205
II. Examen crítico de la tesis	205
1. <i>El evangelio de Mateo</i>	205
a) <i>El evangelio de la infancia (Mt 1-2)</i>	207
b) <i>El bautismo (Mt 3,13-17)</i>	208
c) <i>Las tentaciones en el desierto (Mt 4,1-11)</i>	208
d) <i>El sermón de la montaña (Mt 5-7)</i>	209
e) <i>Otros relatos</i>	210
2. <i>El evangelio de Juan</i>	212
III. Josué y Jesús en el cuarto Evangelio	213
1. <i>El paso del Jordán y la «conquista de la tierra» en los evangelios sinópticos</i>	213
2. <i>El evangelio de Juan</i>	216
Conclusión	220

Jesús y la samaritana (Jn 4)

<i>Utilidad del Antiguo Testamento</i>	221
1. «Era cerca de mediodía» (4,6)	223
2. «Dame de beber» (4,7)	225
3. «Vete a tu casa, llama a tu marido y vuelve aquí» (4,16) ..	227
4. ¿Dónde hay que dar culto a Dios? (cf. 4,20)	228
5. «Levantad la vista y mirad los sembrados, que están ya maduros para la siega» (4,35)	230
6. «Y se quedó con ellos dos días» (4,40)	232
Conclusión	235
 Nota bibliográfica	 237
 Índice de pasajes bíblicos tratados	 239
 Índice de temas	 245

Prefacio

La Biblia es como «el camino a casa», o sea, como un largo camino que nos lleva de nuevo a la tierra de nuestras raíces a fin de descubrir, a continuación, el significado de nuestro presente. *El camino a casa* es el título de una película china¹ proyectada recientemente en nuestras pantallas. En ella se cuenta la sencilla historia de un joven que vuelve a casa, en invierno, para el funeral de su padre. Encuentra a su madre y empieza enseguida con ella los preparativos para las exequias. El padre ha fallecido en una aldea cercana, a la que había ido a recoger dinero para construir la escuela de su propio pueblo. La madre desea que la ceremonia se desarrolle integralmente según las antiguas costumbres. Tras haber hablado extensamente con su madre y discutido con los notables del pueblo sobre los detalles de la organización, el joven se encuentra solo en casa de noche, se sienta junto a una mesa y empieza a hurgar en un montón de fotografías viejas. Inicia aquí un largo viaje por el pasado. El joven va descubriendo poco a poco cómo su madre encontró por primera vez a su padre y se enamoró de él cuando éste llegó al pueblo como maestro de enseñanza primaria. En aquella época y en aquella región de China, eran los padres, no los jóvenes, quienes decidían los matrimonios. Sin embargo, haciendo gala de una gran perseverancia, y tras pasar por un sinfín de vicisitudes, la joven consiguió obtener lo que deseaba.

¹ Película de Zhang Yimou.

El padre del joven había sido maestro de escuela toda su vida. Incluso construyó el edificio con la ayuda de los hombres del pueblo. Ahora, por desgracia, la escuela donde su padre enseñó durante tantos años se encuentra abandonada. La película acaba con una secuencia conmovedora. En ella, el hijo toma por un día el sitio de su padre en la pieza donde éste había ejercido su profesión con tanto entusiasmo, y da clase sirviéndose del libro de texto escrito por su propio padre. A cierta distancia de la escuela, su madre escucha las frases remarcadas por su hijo y repetidas por los niños, como ya había ocurrido hacía tantos años, cuando su marido empezó su carrera.

Del mismo modo, la Biblia nos invita también a reemprender «el camino a casa», porque la Escritura, en realidad, es muy semejante a los recuerdos que el joven chino encuentra después de tantos años. A partir de ellos, consigue reconstruir una historia que ejerce una gran fascinación en virtud de su frescura. Con todo, la historia que reconstruye tiene una dimensión absolutamente particular, una dimensión que ninguna otra historia puede tener: se trata de su propia historia. Si sus padres no se hubieran encontrado, si su futura madre hubiera fracasado en su intento, no estaría él allí, leyendo viejas cartas y contemplando fotografías amarillentas. Ni tampoco habría tomado el puesto de su padre para enseñar a los jóvenes.

Así, la Biblia también contiene recuerdos de nuestro pasado cultural y espiritual y nos explica cuál es nuestra antigua patria. Es la historia —de vez en cuando muy atormentada— de un Dios y de su pueblo. Ahora bien, lo que nosotros somos hoy se lo debemos a esa historia. Somos —en cierto sentido— los «hijos» o los «nietos» del apego de Dios a su pueblo. Hemos nacido y crecido en una casa construida por nuestros antepasados en la fe, donde fueron enseñando de generación en generación el arte de vivir unidos en presencia de un misterio llamado Dios. La casa es testigo de cómo estas lecciones de vida fueron adaptadas y profundizadas cada vez que los acontecimientos o las circunstancias obligaron a nuestros padres a discernir entre lo esencial y lo accesorio en el tesoro de su tradición. La casa

vivió asimismo momentos en los que se hizo necesaria una profunda revisión de la enseñanza impartida, y recuerda cómo se desarrolló esta revisión que reclamaba un retorno a lo esencial y una mayor apertura al mundo contemporáneo².

Los valores por los que lucharon nuestros antepasados son en realidad valores a los que nos atenemos visceralmente todavía hoy. ¿Por qué apreciamos tanto la libertad y nos mostramos humanamente alérgicos a todo tipo de tiranía? ¿Por qué somos tan sensibles a los problemas relacionados con la justicia? ¿Por qué damos tanta importancia a la sinceridad y a la honestidad en las relaciones humanas? ¿Por qué nos afecta de una manera tan profunda todo lo que tiene que ver con la fraternidad? ¿No será porque «lo llevamos en la sangre», porque forma ahora parte de nuestro «patrimonio genético»?

Nuestra «lengua» se muestra asimismo rica en palabras que hemos heredado, tal vez sin saberlo nosotros, de nuestros antepasados del Antiguo y del Nuevo Testamento. «Vocación», «libertad», «bendición», «trabajo», «esperanza», «justicia», «ley», son palabras que han adquirido diferentes facetas en el lenguaje de nuestro mundo contemporáneo. Sin embargo, algunas de sus connotaciones proceden de las experiencias que han marcado la historia del pueblo judío y de la primera comunidad cristiana. Usamos palabras que han recorrido un largo camino y llevan consigo una cesta llena de recuerdos. Vale la pena explorar esta cesta y dejar hablar a los antiguos textos que forman parte ahora de nuestra memoria viva. Nuestro vocabulario se verá enriquecido y nuestra lengua adquirirá tonalidades nuevas y fascinantes.

Estas páginas son el fruto de unas conferencias que di en el seminario de Fermo a sacerdotes, seminaristas y estudiantes laicos del Istituto Teologico Marchigiano. Fueron publi-

² Jesús se presenta, en diferentes aspectos, como un reformador que quiso liberar la «religión» de su tiempo de ciertas tradiciones tardías que se alejaban del mensaje genuino del Antiguo Testamento. Quiso también ensanchar el horizonte espiritual de sus contemporáneos a las dimensiones de un Dios Padre de todos.

cadadas después en la revista *Firmana* y recogidas aquí, con el consentimiento y el aliento de la dirección de la revista. A este material se añadió un artículo que publiqué en la *Nouvelle Revue Théologique* 118 (1996), pp. 641-652, también con el permiso de la citada revista. Agradezco vivamente a todos los amigos de Fermo que me han invitado con tanta frecuencia a visitar las Marcas y han demostrado un interés poco común por los itinerarios bíblicos propuestos. Doy las gracias de un modo especial a don Gabriele Miola, que tomó la iniciativa de publicar estas conferencias en la revista *Firmana* y se ocupó con diligencia de la primera edición.

Espero que los lectores de estas páginas puedan sentir crecer, como el joven chino del que he hablado antes, el deseo de explorar los caminos de la memoria, para transmitir después a las futuras generaciones las lecciones más densas y más ricas aprendidas en la escuela de nuestros antepasados bíblicos.

Jean-Louis Ska
Marzo de 2001

Nota

Los trabajos recogidos en este volumen son abigarrados y pertenecen a diferentes «géneros literarios». Hay, por ejemplo, meditaciones sobre el adviento («La espiritualidad del Adviento») y la cuaresma («La vocación de Moisés», «El paso del mar»), conferencias dadas a un público amplio («La vida como bendición», «El trabajo en la Biblia») o artículos más técnicos con aparato de notas («Recordar para vivir», «Los fundamentos bíblicos del jubileo», «Voy a proporcionarle una ayuda adecuada», «La ley en Israel»; «Moisés - Josué - Jesús»; «Jesús y la samaritana»). Por otra parte, el público no era siempre el mismo; cada trabajo debía formar una unidad en sí mismo, y eso explica algunas repeticiones inevitables*.

* En la versión española se ha tomado como base el texto bíblico de La Casa de la Biblia en unos casos, y el de la edición electrónica de la Biblia de Jerusalén en otros, con las modificaciones requeridas por la exégesis del autor; en otros, aún hemos traducido la versión italiana del padre Ska (N. del T.).

La vocación de Moisés

1. Introducción

Propongo iniciar esta meditación citando un versículo del capítulo 33 del libro del Éxodo donde Moisés pide al Señor: «Déjame ver tu gloria» (Ex 33,18). La gloria de Dios, en el Antiguo Testamento, es la manifestación del poder divino en la historia humana, especialmente en la historia del pueblo elegido. Dicho de otro modo, Dios revela su gloria cuando revela su capacidad de cambiar el curso de los acontecimientos. En este contexto, «gloria» es sinónimo de poder, esplendor y gracia.

Me parece que el tiempo de cuaresma es un tiempo oportuno para acompañar a Moisés en su camino, especialmente en las primeras etapas de su vida, cuando Dios le llamó al servicio del pueblo de Israel, que era esclavo en Egipto. Después podremos pedir al Señor lo mismo que le pidió Moisés, a saber: poder ver la gloria de Dios en nuestra historia.

2. El camino de Moisés

Primer momento: la vocación de Moisés en el capítulo 3 del Éxodo.

En este capítulo se encuentran algunos elementos que pueden alimentar nuestra reflexión. Leeremos el texto y lo comentaremos brevemente para poder entrar en la experiencia de Moisés y entrever la gloria de Dios que empieza a manifestarse en la zarza ardiente.

El texto nos dice en la introducción que Moisés estaba en el desierto de Madián. Moisés había matado a un egipcio y había tenido que huir porque el faraón lo buscaba por este asesinato. Se había casado en Madián y apacentaba el rebaño de su suegro (Ex 3,1). El texto continúa así:

«[...] y allí se le apareció un ángel del Señor [a Moisés], como una llama que ardía en medio de una zarza. Al fijarse, vio que la zarza estaba ardiendo pero no se consumía. Entonces Moisés se dijo: “Voy a dar una vuelta para contemplar esta maravillosa visión y ver por qué no se consume la zarza”. Cuando el Señor vio que había dado una vuelta para mirar, le llamó desde la zarza:

–¡Moisés! ¡Moisés!

Él respondió:

–Aquí estoy.

Dios le dijo:

–No te acerques; quítate las sandalias, porque el lugar que pisas es sagrado.

Y añadió:

–Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.

Moisés se cubrió el rostro, porque temía mirar a Dios.

El Señor siguió diciendo:

–He visto verdaderamente la aflicción de mi pueblo en Egipto, he oído el clamor que le arrancan sus opresores y conozco sus angustias» (Ex 3,2-7).

En esta primera parte, el relato juega con la raíz del verbo «ver». Dios se deja ver, pero Moisés ve sólo una zarza ardiendo y quiere saber por qué no se consume. Dios le ve acercarse y le llama. Cuando Dios se revela, Moisés se cubre el rostro para no ver. Según Ex 33,20, nadie puede ver a Dios sin morir.

Retomemos ahora la escena de la zarza ardiente comentando algunos de los rasgos más significativos.

a) Dios aparece en la zarza ardiente. ¿En qué momento y dónde aparece Dios? Éstas son las dos primeras preguntas a las que quisiéramos responder.

La vocación de Moisés se sitúa en un momento difícil de su vida. Ha pasado por la experiencia de la derrota. Como sabemos, había nacido en Egipto, fue salvado por la hija del faraón y educado en la corte de Egipto (2,1-10). Cuando quiso volver a ver a sus hermanos, lo primero que vio fue a un egipcio que estaba golpeando a un hebreo. Inmediatamente revela Moisés su personalidad: toma la defensa de su hermano hebreo y mata al egipcio. El segundo día encuentra a dos hebreos que se están peleando. También ahora interviene Moisés y toma el partido del inocente contra el culpable, del oprimido contra el opresor, del débil contra el violento. Sin embargo, esta vez es contestado por el culpable, que le rebate: «¿Quién te ha constituido jefe y juez entre nosotros? ¿Piensas matarme como mataste al egipcio?» (2,11-14). Moisés no puede responder y escapa: ha sido rechazado por un hermano suyo, después es perseguido por el faraón, que ha tenido conocimiento del suceso y quiere matar a Moisés (2,14-15). La violencia vuelve contra Moisés, que huye al desierto de Madián. Allí se casa con una de las siete hijas del sacerdote del lugar (2,15-22).

Según la tradición bíblica y judaica, la vida de Moisés se divide en tres partes iguales de cuarenta años cada una: cuarenta años en la corte del faraón, cuarenta años en el desierto con Jetró, su suegro, y cuarenta años en el desierto con Israel. Estamos ahora en el final de la segunda parte de la vida de Moisés y sólo al comienzo del capítulo 3 del Éxodo. Los últimos cuarenta años de Moisés suministran la materia de casi cuatro libros (Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio).

En Ex 3, Moisés recibe la autoridad que le ha faltado hasta ahora. Había sido muy generoso, se había comprometido, pero había fracasado en su intento de ayudar a su pueblo.

Cuando Moisés recibe de Dios su misión, se encuentra en el desierto. Es posible que tengamos una idea un tanto romántica del desierto. Nos remitimos a algunos textos de Oseas y

Jeremías, pensamos en los padres del desierto, en Charles de Foucauld y en Carlo Carretto. Sin embargo, la espiritualidad típica del desierto se encuentra en Dt 8: el desierto es la tierra donde no habita nadie, donde es imposible sobrevivir, es un lugar de chacales, serpientes y escorpiones, es la tierra de la sed y la muerte. Dios llama a Moisés a esta tierra, llama a un hombre que ha fracasado en el intento de salvar a los suyos. Dios parece haber elegido el momento y el lugar para manifestar del modo más evidente su propio poder.

b) Un segundo elemento de la vocación de Moisés es su curiosidad. Moisés «dio una vuelta» para ver la zarza que ardía sin consumirse (3,3). Moisés pertenece a esa clase de personas que pueden asombrarse y atreverse a preguntar la razón de lo que ven. Hay muchos hombres que ven sin ver, que no se atreven a mirar o prefieren dar la impresión de no haber visto. Moisés, por su parte, ha sido capaz de captar la novedad de su experiencia cuando vio la zarza. El texto hebreo dice incluso: dio una vuelta, se alejó del sitio donde estaba y de la senda por donde caminaba para ir a ver (Ex 3,3). Las traducciones más corrientes dicen: «Voy a acercarme». El texto original es más fuerte, porque supone que Moisés había dejado su rebaño y había cambiado de camino para ir a ver la zarza. El hecho de ver requiere, por consiguiente, un esfuerzo y un tipo particular de valor. Para ver a Dios, Moisés tuvo que dejar el camino de la costumbre y tomar un camino insólito.

La actitud de Moisés es, a buen seguro, emblemática por una segunda razón: además del hecho de ir a ver, se había planteado una pregunta. Quería «saber», quería saber por qué la zarza ardía sin consumirse (Ex 3,3). También los niños de cierta edad acostumbran a preguntar «¿por qué?» en todo momento. En ocasiones, sus padres y los adultos se ven en apuros porque no consiguen dar una respuesta sencilla y adecuada a las preguntas de los niños. En este aspecto, Moisés seguía siendo un niño, y actuó como esos niños a los que Jesús, en el evangelio, puso como ejemplo a sus discípulos (Mc 10,13-16).

La curiosidad de Moisés es comparable a la del gran físico inglés Newton. También él planteó un día una pregunta de buenas a primeras ingenua y casi ridícula: ¿cómo se explica que caiga esta manzana? Las manzanas caen de los árboles desde que el mundo es mundo; sin embargo, Newton fue uno de los primeros en preguntarse por qué la manzana cae hacia abajo y no se va hacia arriba. Esta pregunta es de las que hace sonreír y levantar los hombros, pero de esta pregunta extrajo Newton la teoría de la gravitación universal, que permitió comprender mejor cómo funciona nuestro mundo. Si los hombres pueden ir a la estratosfera, es, en parte, gracias a la cándida pregunta de Newton: ¿por qué caen las manzanas de los árboles?

Moisés pertenece también a la familia de los grandes pensadores y de los filósofos. El filósofo griego Platón decía que la filosofía nace de la capacidad de sorprenderse y de maravillarse (en griego, *thaumazein*):

«La principal cualidad del filósofo es la de poder maravillarse; no hay ningún otro principio para la filosofía que éste, y quien dijo que la ciencia es hija del hecho de maravillarse me parece que explicó bien su origen» (Platón, *Teeteto*, 155a).

Todo el que consigue maravillarse continuamente de la existencia del universo y de todo lo que éste contiene está en el camino que lleva desde la creación al creador. El mundo puede sorprendernos y, de vez en cuando, asombrarnos e incluso dejarnos pasmados.

Aristóteles, el más grande entre los discípulos de Platón, decía algo semejante. Según él, la filosofía requiere la capacidad de asombrarse para poder comprender a continuación:

«Lo que en un principio movió a los hombres a hacer las primeras indagaciones filosóficas fue, como lo es hoy, la admiración» (*Metafísica*, A 2,8).

Quien nunca hace preguntas es «como una planta». La filosofía tal vez sea un camino fatigoso; sin embargo, puede

conducir a los secretos del universo y abrir una vía que desemboca en el misterio de Dios.

Para seguir en el mundo de la filosofía, añadamos un último ejemplo. Heidegger, filósofo alemán del siglo XX, decía que la pregunta última de la filosofía era muy simple: ¿por qué hay ser y no más bien nada? El mundo podría muy bien no existir. Entonces, ¿por qué existe? ¿Por qué hay vida en la tierra? ¿Por qué existen la humanidad y el pensamiento? ¿Por qué existimos aquí, hoy, en este mundo nuestro?

Hay muchas preguntas en la Biblia, como en la vida. Los grandes personajes son aquellos que han tenido el atrevimiento de hacer esas preguntas sencillas y esenciales al mismo tiempo, como Margarita en el *Fausto* de Goethe o como Parsifal en la *Búsqueda del grial*, de Rutebeuf. Un teólogo alemán de origen italiano, Romano Guardini, dice, sin embargo, que todas las preguntas no son iguales. Hay dos tipos principales de preguntas. A la primera categoría pertenecen aquellas que tienen respuesta; a la segunda, aquellas a las que no es posible responder pero con las cuales hemos de vivir. La pregunta de Moisés y las preguntas de los grandes hombres son de este segundo tipo. Nunca conseguimos darles una respuesta definitiva, porque forman parte de la vida, son la vida misma, y aprendemos a vivir cuando aprendemos a vivir con ellas; más aún, a vivir esta pregunta que es la vida misma.

La pregunta de Moisés en Ex 3,3 le acompañó durante toda su vida. En efecto, toda su existencia fue un modo de responder a esta pregunta. Tuvo el valor de mirar a la cara a los interrogantes planteados por el camino, interrogantes que revolvieron después todos sus planes y convirtieron a un pastor del desierto en el liberador de Israel.

3. Los ojos de Dios y los ojos de Moisés

El segundo elemento del descubrimiento de Moisés que quisiera poner de relieve se encuentra en los vv. 7.8 del capítulo 3 del Éxodo. El Dios que se revela a Moisés es también

alguien dotado de una gran sensibilidad: ha visto las desgracias de su pueblo, ha oído su grito a causa de la dureza de sus verdugos (o vigilantes), ha conocido (se ha tomado a pecho) su sufrimiento (4,7). El texto hebreo emplea una fórmula especial para subrayar la «visión» divina (al pie de la letra: «al ver he visto», con duplicación de la raíz). En consecuencia, el Dios del Éxodo es un Dios que tiene ojos para ver, oídos para oír y corazón para comprender.

Dios ha oído el grito de su pueblo, y este grito requiere la respuesta de un juez, como la sangre de Caín, que «gritaba a Dios» (Gn 4,10). El «grito» del que habla Ex 3,7, por tanto, no es sólo el gemido de alguien que sufre y se lamenta; es un grito que pide justicia. El Dios que oye este grito es el juez que interviene para restablecer la justicia. Todo el vocabulario de estos versículos tiene matices jurídicos. Si Dios es Dios, si es verdaderamente juez, no puede dejar de intervenir en favor de Israel; por eso continúa así el texto: «He bajado para librarlo del poder de los egipcios. Lo sacaré de este país y lo llevaré a una tierra nueva y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel» (3,8).

¡Dios ha bajado! Hay muchas bajadas de Dios. La última de ellas es la encarnación del Verbo de Dios, Jesucristo. El Dios que baja hacia Moisés es el que viene a liberar a su pueblo de la servidumbre.

Dios ha oído el grito de Israel. ¿Cuál será su respuesta? La respuesta de Dios no es algo, sino alguien: es el mismo Moisés. Cuando grita el pueblo de Dios, la respuesta divina es siempre la misma. Respondió con Moisés, con los profetas y, por último, con Jesucristo. Pero todavía hoy, cuando el pueblo de Dios grita al juez, Dios continúa respondiendo del mismo modo, llamando a los discípulos de Jesucristo y a toda su Iglesia para socorrer y liberar a sus hijos.

Así pues, el instrumento de la liberación será el mismo Moisés. Ahora bien, ¿cómo podrá liberar al pueblo de Dios? Hasta ahora, Moisés había empleado métodos y estrategias diferentes. Había usado la fuerza y la violencia (Ex 2,11-14), aunque con escaso éxito. Ahora Dios le invita a plégarse a una

pedagogía particular. Moisés, que se había cubierto el rostro para no ver, aprenderá poco a poco a ver lo que Dios ve, a oír lo que Dios oye y a comprender lo que Dios comprende. Su aprendizaje consiste en ver con los ojos de Dios, en oír con los oídos de Dios y en comprender con el corazón de Dios. Sólo así podrá convertirse en el verdadero liberador de Israel. Cuando Moisés haya adquirido la sensibilidad de Dios y pueda percibir el grito del sufrimiento de Israel como Dios mismo, entonces será capaz de conducir al pueblo por los caminos de la libertad.

4. Las objeciones de Moisés

Hay un tercer aspecto de la vocación de Moisés que debería llamar nuestra atención, a saber: las numerosas objeciones que presenta el hombre de Dios.

a) Dios transforma el corazón y la sensibilidad de Moisés, pero éste último se resiste. Dios le envía a Egipto: «Ve, pues; yo te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas» (Ex 3,10). Pero Moisés se rebela.

En realidad, las objeciones de Moisés no deben sorprender excesivamente al lector de la Biblia, porque el relato de su vocación sigue un esquema conocido que encontramos cada vez que Dios llama. Ese esquema aparece, por ejemplo, en la llamada de Isaías (Is 6), de Jeremías (Jr 1), de Gedeón (Jue 6) o de María (Lc 1: la anunciación).

El relato empieza a menudo con una aparición. A continuación, Dios confía una misión. En tercer lugar aparece la objeción o las objeciones. Isaías dice: soy un hombre de labios impuros y vivo en medio de un pueblo impuro (Is 6,5); Jeremías: no sé hablar (Jr 1,6); Gedeón dice: «Mi clan es el más pequeño de la tribu de Manasés y yo soy el más pequeño de la casa de mi padre» (Jue 6,15); María dice: no conozco varón (Lc 1,34). Tras la objeción, Dios responde a menudo con una promesa de asistencia: «Yo estaré contigo» (Ex 3,12); el ángel dice a María: «El poder del Altísimo te cubrirá con su

sombra» (Lc 1,35). O bien Dios proporciona una señal. Las señales pedidas por Gedeón son conocidas (la historia del vellón y el rocío de Jue 6,36-40). En el caso de María, la señal será el embarazo de Isabel, su prima. A Moisés le promete Dios una señal para el futuro: «Esta será la señal de que yo te he enviado: cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, me daréis culto en este monte» (Ex 3,12). Sigue, normalmente, una conclusión simple: la persona llamada responde, el ángel de Dios desaparece y se va.

El eje del relato de vocación, sin embargo, es la objeción. Alguien podría objetar que la misión confiada por Dios es más esencial o que lo es la promesa de asistencia, sin la cual no se puede desarrollar la misión. El estudio del esquema va en otra dirección e invalida las otras opiniones. Todo el relato gira en torno a un elemento central: la objeción. La objeción es el elemento que, en el Antiguo Testamento, permite distinguir una vocación auténtica de las que no lo son.

La primera finalidad de un relato de vocación no es exactamente proporcionar un informe de lo que ha acontecido. Estos relatos tienen una finalidad específica: legitimar una misión, especialmente cuando el profeta debe hacer frente a la crítica y a la oposición. Los profetas contaron su vocación para responder a sus adversarios. En este marco, la objeción se convierte en un elemento clave. El ejemplo de Amós nos servirá para aclarar este punto.

El profeta Amós había sido atacado duramente por el sacerdote Amasías de Betel, que le dijo: «¿Qué haces aquí en Israel? Vienes de Judá, del sur, entonces vete a ganarte el pan a tu casa y no vengas a hacer de profeta aquí entre nosotros. Y, sobre todo, no profetices contra el templo de Betel, porque es templo real». Amós le respondió: «Yo tenía en el sur un buen oficio, era pastor, estaba encargado de todos los rebaños del rey; por consiguiente, no me faltaba dinero, tenía un buen puesto de trabajo y un buen salario. Si lo abandoné todo, no fue por interés personal. La única explicación válida es que Dios me llamó, porque mi misión en el norte me ha hecho

perder la óptima situación en la que me encontraba en el sur». El relato de la vocación de Amós justifica, por tanto, su presencia en el norte y le libera de la acusación de estar «interesado» (Am 7,10-14).

Los profetas responden del mismo modo a todos los que les piden una justificación de su presencia o de su predicación. No hablo por ambición, por voluntad propia o por interés; en efecto, me he resistido, no quería ser profeta, y la prueba es que he planteado objeciones. Jeremías dirá además: «Tú me sedujiste, Señor, y yo me dejé seducir» (Jr 20,7). San Pablo usa un lenguaje semejante cuando dice: «Porque anunciar el Evangelio no es para mí un motivo de gloria; es una obligación que tengo, ¡y pobre de mí si no anunciara el Evangelio!» (1 Cor 9,16). En consecuencia, las objeciones de los profetas a su vocación son signos de autenticidad más que de pusilanimidad. Una vocación que no encuentra objeciones corre el riesgo de ser superficial o estar guiada por motivaciones demasiado humanas.

b) Hay un segundo aspecto ligado a las objeciones de las que estamos hablando: el profeta se resiste porque se siente incapaz de cumplir la misión. Para esta tarea, nadie puede contar sólo con sus propias fuerzas, con su propio valor, con su propia generosidad o con sus propios talentos. Se requiere algo más: se requiere la gracia de Dios. La experiencia de la propia incapacidad es otra prueba de la autenticidad de una vocación, porque significa que la misión no es fruto de la imaginación o una decisión meramente humana.

El profeta se siente siempre inferior a su propia vocación. Sin embargo, esta experiencia no termina después de la llamada y la promesa de la asistencia divina. Subsiste como un sentimiento permanente del profeta en el cumplimiento de su misión. Moisés tendrá que pasar por experiencias muy duras, fracasará más de una vez, deberá llamarle Dios una segunda vez, después de un momento de desánimo total (Ex 6,2-8; cf. 5,22-23). La debilidad es la condición normal

del profeta. «Cuando soy débil, entonces soy fuerte», dirá san Pablo (2 Cor 12,10). ¿Por qué? Porque, cuando soy débil, la fuerza de Dios trabaja en mí; no es mi energía, sino la gracia de Dios la que me hace fuerte. Nadie debe sorprenderse de que la debilidad sea la compañera de toda vocación; es uno de los sellos de su veracidad.

c) En relación con las objeciones de Moisés, quiero detenerme todavía en un tercer punto, a saber: el hecho de que Moisés plantee no una, sino cinco objeciones. Y la última constituye de hecho un rechazo categórico. La primera objeción es semejante a la de Gedeón: «¿Quién soy para llevar a cabo tal misión?» (Ex 3,11; cf. Jue 6,15). La segunda tiene que ver con la identidad del que le envía: «¿Quién eres tú? ¿Cuál es tu nombre?» (Ex 3,13). La tercera está relacionada con las posibles dificultades de los destinatarios: «¿Creerán?» (Ex 4,1). La cuarta es idéntica a la de Jeremías: «No sé hablar» (Ex 4,10; Jr 1,6). De este modo, Moisés resume en las suyas todas las objeciones de los otros profetas. Por último, tras haber agotado todas las posibilidades, Moisés rechaza el encargo divino: «Envía a quien quieras, pero no me envíes a mí» (Ex 4,13). Es una reacción de desconcierto: «¿Por qué a mí?». Hay muchos otros mejor educados, mejor preparados, más elocuentes, más audaces; puedes pedírselo a otro, pero no a mí. Ante semejante rechazo, Dios pierde la paciencia y se enfurece (4,14); le propone a su enviado un compromiso: «Si no quieres hablar, entonces le hablarás a tu hermano y éste hablará por ti» (4,15-16). Si Moisés pone tantas objeciones, eso significa que su misión era de gran importancia. Era preciso responder a todas las críticas y salvar al profeta más grande de Israel de toda sospecha. Ninguna vocación podía ser más auténtica que la suya.

5. La dolorosa experiencia de Moisés

Cuando hablamos de una experiencia de gracia, pensamos de manera espontánea en una experiencia agradable. La gracia

equivale, para nosotros, a dulzura, a mansedumbre, a bondad. Sin embargo, la gracia de Dios puede ser también violenta. Y quisiera mostrarlo para concluir estas breves reflexiones.

Moisés, si lo pensamos bien, fue como arrebatado por Dios. Estaba en el desierto, tranquilo, apacientando el rebaño de su suegro. Dios le hace volver a Egipto, donde había sido rechazado por sus hermanos (2,14) y condenado a muerte por el faraón (2,15). Su regreso a Egipto será el comienzo de una larga serie de pruebas. Deberá hacer frente a un faraón más bien reacio a ceder a sus demandas (5,1-5; 10,28-29), y no siempre encontrará la simpatía del pueblo de Israel (6,9). Tras la liberación, las rebeliones del pueblo serán numerosas, y más de una vez Moisés se verá amenazado de muerte (cf. Ex 17,4; Nm 14,10). La experiencia de Moisés fue con frecuencia amarga, y se lo dijo a Dios con claridad:

«¿Por qué tratas mal a tu siervo? ¿Por qué me has retirado tu confianza y echas sobre mí la carga de todo este pueblo? ¿Acaso lo he concebido yo o lo he dado a luz para que me digas: “Llévalo sobre tu regazo como lleva la nodriza a su criatura, y condúcelo hacia la tierra que prometí a sus padres?”» (Nm 11,11-12).

La experiencia bíblica puede ser, como en el caso de Moisés, dolorosa. Job es famoso a buen seguro por sus sufrimientos. Olvidamos tal vez que la raíz de su sufrimiento no es la enfermedad o sus infortunios, sino la actitud incomprendible de Dios. El Dios de Job no es un Dios amistoso; es un enemigo. Job llega incluso a compararlo con una fiera encarnizada que quiere destrozarle. Dios es como un enemigo que asedia una ciudad y destruye sus defensas. E incluso se comporta a la manera de un arquero que dispara sus flechas contra Job.

Esta experiencia dolorosa, amarga y misteriosa de Moisés y de Job no acaba, sin embargo, aquí. Se trata, en efecto, de una experiencia de muerte y de resurrección. Si Job es atacado, asediado, traspasado y aniquilado por Dios, ¿quién encuentra

finalmente a Dios? ¿Los amigos de Job que defienden a Dios contra sus rugidos de rebelión? No, es Job quien encuentra a Dios, el rebelde herido que aúlla su sufrimiento y se niega a callarse. Encuentra el sentido de la presencia de Dios en el corazón de su propia rebelión y de su dolor:

«Te conocía sólo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos. Por eso me retracto, y me arrepiento cubierto de polvo y ceniza» (Job 42,5-6).

Conclusión

El relato de la vocación de Moisés nos invita a reflexionar sobre la llamada de Dios, que es la llamada que recibe todo cristiano, pero especialmente aquellos que se dedican por completo al servicio del Señor. Dios repite su llamada cada día, y la cuaresma es un tiempo privilegiado para consolidar esta experiencia primordial. Dios nos invita a abrir los ojos, a ver, a salir de los senderos acostumbrados de nuestra vida cotidiana. Dios nos llama para que hagamos nuestra su sensibilidad, nos pide también que superemos las resistencias que hay en nosotros; por último, con su dulce violencia, nos abre un camino a través de la muerte hacia la Pascua y la resurrección.